

De la vida a la muerte

Jaime de Armiñán

Subí las escaleras del palacete —o lo que fuera— del Paseo de La Habana número 77 y un gris me cortó el paso con mirada feroz. Yo iba a ver al director de programas, que entonces era José Luis Colina, inolvidable amigo siempre. Para los no iniciados, para los muy jóvenes, debo aclarar que los grises componían la policía callejera del invicto caudillo. Policía que, por decirlo de una manera amable, carecía de la más elemental educación. Cuando por fin conseguí entrar en el castillo del Paseo de La Habana, me llevaron a una triste sala de espera y allí aguardé hasta que Colina me mandó llamar. Yo era un chico con buenos antecedentes literarios y aún más teatrales: ya tenía el premio Calderón de la Barca, el Lope de Vega y tres comedias estrenadas, pero todo aquello no valía un carajo, como en cierta ocasión me dijo mi amigo el actor Guillermo Marín. Era el año de 1958. Muchos de ustedes no habían nacido. Entonces yo callejeaba por Madrid en una moto *lambretta scooter*, que le hacía la competencia a la *vespa*. Trabajaba en la Diputación Provincial por mil pesetas al mes, para entendernos hoy, seis cochinos euros. Lo de trabajar es un decir: en realidad escribía un libro —que se titula *Biografía del circo*— y gastaba el papel y la tinta de la diputación.

Fue estando allí cuando me llamó mi amigo Luis García. Berlanga, que ya había rodado las películas *Novio a la vista* y, sobre todo, *Bienvenido Mr. Marshall*. Para ser justos diré que Berlanga llamó a mi mujer —Elena Santonja— y se la presentó a José Luis Colina, guionista ilustre y entonces Director de Programas de la incipiente Televisión Española. Colina le encargó a Elena un programa femenino, que se llamaría *Entre nosotras* y me citó a mí en Paseo de La Habana. Como ella era pintora, no escritora, yo fui el encargado de escribir el dichoso programa en la sombra. Y tanto que era la sombra: en la oscuridad, para ser exactos. Yo ejercía de *negro*. El *negro* es un esclavo que hace su trabajo —que por cierto firma otro— por un sueldo mísero. Hay cientos de ejemplos en la Historia de la Literatura y algunos muy ilustres. Al

pobre negro le pagaban ciento cincuenta pesetas por guión y a la Santonja trescientas cincuenta a la semana: aquel sueldo nos ponía en casa y tranquilizaba a nuestros padres, aunque hería mi vanidad.

Cuando entré en los llamados estudios del Paseo de la Habana, me quedé sin habla: todo era lujo, brillo, hermosura, *glamour* y casi ciencia-ficción. Dos cámaras modernísimas, algún micrófono, cables de alta tecnología por el suelo, dos presentadoras de primera clase, Blanca Álvarez y Laura Valenzuela, que entonces era modelo de alta costura y se llamaba Rocío. Aquel lugar olía a tortilla de patata –del bar que estaba en el mismo estudio– y revoloteaba una mosca de plantilla.

El programa en cuestión era un especial de enciclopedia de bolsillo, dirigida a la mujer: moda, maquillaje, cocina, decoración, belleza... Nada de cotilleo –que entonces no se llevaba–, sexo absolutamente prohibido y ni siquiera sugerido. Dos o tres pequeñas cabinas –hechas de lona– anunciaban los temas con grandes rótulos, que iba cambiando, sobre la marcha, Eusebio Moreno, ayudante del programa, mi colaborador durante muchísimos años. Luego Elena Santonja se ocupaba del resto, procurando sonreír y sin que le temblara la voz.

Debo aclarar –por si alguien lo ignora– que entonces la televisión se hacía a pelo, es decir: en directo, a cuerpo limpio. Un espectáculo irrepetible, que debía de ser divertidísimo. En Madrid, la única ciudad ibérica donde alcanzaba la tele, habría –como mucho– unos miles de receptores, todos en poder de gente rica e influyente, académicos adictos al régimen y sobre todo ministros, subsecretarios, obispos y generales. Como es natural los Franco tenían tele y doña Carmen Polo no se perdía programa.

Sirva de ejemplo un detalle lamentable. Eusebio Moreno –mientras Elena estaba en la cabina dos– cambiaba el rótulo de la tres, quitando el de belleza y colocando el de cocina. La señora Santonja entraba por detrás y, sonriendo como si hubiera ochenta cabinas y trescientas cámaras, hablaba de guisos y de pucheros. Una tarde aciaga Moreno salió a destiempo y la cámara lo pilló: el pobre intentó huir agachado como un conejo pero el hombre de la cámara, obsesionado por tan insólita aparición, lo siguió por todo el estudio, hasta que se le escapó por debajo del mostrador del bar. Después Elena Santonja, sonriendo como si tal cosa, presentó el apartado. Fuimos amonestados gravemente y doña Carmen Polo se debió partir de risa.

Peor fue lo que ocurrió en el tema belleza. Elena había dibujado –con tiza, en una pizarra– seis esquemáticos rostros de mujer: uno

redondo, otro cuadrado, el tercero triangular, en forma de pera el cuarto, con la frente ancha, con la posible barbilla prominente... Toda amabilidad y educación daba soluciones, que arreglaban defectos sombreando con maquillaje, aquí y allá... Llegó, entonces, al dibujo en forma de pera y se detuvo perpleja, pero resolutiva:

– Si tiene usted la cara en forma de pera –dijo más o menos– no se moleste en maquillarse, porque la cara de pera no tiene arreglo. Buenas tardes, queridas amigas. .. ¡Hasta el próximo miércoles!

No hubo más miércoles. Al día siguiente llegó un motorista y nos entregó una carta cesando a Elena Santonja fulminantemente y a mí de propina. Todo se debió a la denuncia de la señora de un ministro, que tenía cara de pera y no toleró el agravio. Palabra.

Otra vez en la calle.

Meses después –ya olvidada la pera– me llamó a televisión el jefe de programas, no recuerdo si seguía en el cargo José Luis Colina o había sido substituido por Mariano Ozores. Los dos eran amigos y gente de fiar. El caso es que uno de ellos me encargó un programa infantil y yo le propuse el titulado *Érase una vez*. Ya no iba de *negro*: escribía –bajo mi responsabilidad– por trescientas pesetas el episodio semanal y Elena Santonja hacía de actriz a ciento cincuenta más o menos. Volvíamos a ser ricos y poderosos.

Me interesaban los niños profundamente. Entonces yo despreciaba a Walt Disney y adoraba a Louis Carroll –el autor de *Alicia*– a J. M. Barrie, de *Peter Pan*, a Bartolozzi, *Pipo y Pipa*, a Guillermo Brown y a Stevenson, *La isla del tesoro*. No podía soportar a los Hermanos Grimm, ni a Andersen, ni muchísimo menos a Perrault y a su retorcida Caperucita. Blancanieves me parecía una cursi y la Bella Durmiente, medio imbécil. Yo amaba al Lobo Feroz, al Ogro, a la Bruja Pirulí, a las hermanastras de Cenicienta, al Hada de los Ventisqueros... Me marqué un camino. Era necesario cambiar las mentes cavernícolas de los niños españoles, utilizando los poderosos medios del Paseo de La Habana. Olvidaba –pobre de mí– que el ministro del ramo se llamaba Gabriel Arias Salgado y era medio cura y que los niños adoraban a Caperucita y odiaban al Lobo Feroz.

Al rebufo de *Érase una vez* llegué a formar una auténtica compañía de teatro, de las estables. La primera actriz era Elena Santonja, que había cambiado belleza, decoración y cocina por la bruja Pirulí. Con ella entraron actrices universitarias como María Fernanda D'Ocón, Chus Lampreave, Carmen Santonja, Blanca Sendino, la peruana Mar-

cela Yurfa... Y entre ellos Victórico Fuentes, Venancio Muro, Luis Morris, Leo Anchóriz, Agustín González, José María Prada... Algunos alcanzaron cimas en su profesión... Otros, más de la cuenta, se perdieron en el camino... Fuimos amigos, nadie traicionó a nadie, todos disfrutamos, hasta que llegó el auténtico Lobo Feroz.

Mi primer error grave –mejor sería decir irreparable– fue pensar que el Paseo de La Habana era Hollywood. Inventé un viaje en globo, una película del Oeste, una aventura en el fondo del mar... Efectos especiales incluidos. A un realizador ingenioso se le ocurrió poner ante una de las dos cámaras disponibles una pecera con un pez rojo y dedicar la segunda a los actores, siempre en plano general, claro... Así veíamos al pez de la pecera dar vueltas y más vueltas, buscando una salida imposible y allá, al fondo, a Elena Santonja y Victórico Fuentes, haciendo de Reina de los Mares y de dios Neptuno. Los niños no salían de su asombro. En otra ocasión pedí sendos disfraces de león melonado y una capa de armiño para el hada perversa. Me trajeron un disfraz de rata y otro de conejo... De capa de armiño ni rastro. Por supuesto en vez de leones trabajaron la rata y el conejo, con estropajos en la cabeza a la manera de melenas. Y el hada perversa tuvo que apañarse con la funda del piano y una improvisada corona de cartón.

No he olvidado a la mosca del Paseo de la Habana, que nos había tomado verdadero cariño. Le gustaban los primeros planos y, en los momentos más dramáticos, adoraba posarse en la nariz de la heroína, que intentaba quitársela y luego la apartaba, a manotazos, sin el menor disimulo. Las malas lenguas decían que la mosca estaba en nómina y los más retorcidos afirmaban que sólo era una espía de Arias Salgado y que trabajaba en el Paseo de La Habana, con la oscura misión de informar al ministro. Habladurías, sin duda alguna.

La triste realidad, la pobreza de los medios con los que contábamos y la escasez del presupuesto, me hicieron reflexionar. Nada de grandes aventuras, ni de viajes en globo o por el fondo submarino. Había que olvidar a Wells, a Poe y a Julio Verne y aguzar el ingenio. Se me ocurrió entonces una idea, que yo creí maravillosa. Juzgaríamos a los personajes principales de los cuentos. Al efecto nos bastaría un pequeño tribunal en un rincón del estudio, el abogado defensor –Luis Morris– y el terrible fiscal –Agustín González–. La novedad consistía en que los malos del cuento serían los buenos y los buenos, los malos. La bruja era un personaje encantador, las hermanastras de Blancanieves, dos benditas criaturas calumniadas, el ogro un comilón con buen fondo. En

cambio Caperucita era una hipócrita y una descarada, que ofendía al pobre Lobo, Blancanieves, una cínica relamida y la Cenicienta, una malmete de muchísimo cuidado. Los juicios acababan condenando a los héroes tradicionales y absolviendo a los malos de toda la vida. Era un punto de vista arriesgado e iba contra la costumbre y los usos de aquel tiempo, pero los niños –así pensaba yo entonces– siempre fueron revolucionarios. Por supuesto la pena de muerte estaba abolida en *Érase una vez*, no así en España, y los culpables sólo eran condenados al olvido y al destierro.

Lo malo es que los niños –los escasos y queridos espectadores– comenzaron a escribir a *Érase una vez*. Primero recibimos las cartas con inconsciente alegría, pero muy pronto nos dimos cuenta de que estaban envenenadas. Los niños decían –más o menos– «hay que ahorcar a la bruja, hay que fusilar al ogro, hay que cortarle la cabeza a Chápete. Blancanieves es inocente. Y Caperucita. Y Bella Durmiente...» Fue un peligroso salto en el vacío. Nuestros pequeños y adorables espectadores, de colmillos ensangrentados, no habían abolido la pena de muerte y ni siquiera respetaban a los piratas del Mar de la China. Me entero ahora de que algunos han crecido y son magistrados en el Tribunal Supremo e incluso obispos, en acreditadas diócesis.

Un lunes –muy de mañana– llegó a casa el motorista del ministerio. Traía nuevas funestas. Otra vez la carta de cese. Adiós *Érase una vez*, adiós tele, adiós trabajo: a la calle de nuevo.

Y en la calle, mejor dicho en el Paseo de Recoletos –que entonces se llamaba de Calvo Sotelo– encontré a Adolfo Marsillach, joven actor catalán, prestigiado en el teatro y promesa en el cine. Mi abuelo Federico Oliver –autor dramático– y el abuelo de Adolfo, de nombre también Adolfo –crítico teatral– habían sido grandes amigos. Mejor me lo pones. Seguimos la tradición. Yo sueño con Adolfo muchas veces, no lo puedo separar de mí. Pero ahora no quiero perderme.

Escribí una comedia, que se tituló *Café del Liceo* y que estrenó en Barcelona la compañía de Marsillach y Amparo Soler Leal. Algún tiempo después le propuse a Adolfo un programa en la recién nacida tele. Un programa para mayores, de quince minutos de duración. *Érase una vez* había pasado a la historia y como se trataba de un espacio dedicado a los niños, no dejó demasiada turbulencia a su alrededor.

Aquel programa –que se tituló *Galería de maridos*– fue mi primer gran éxito. Ahora se puede decir sin pasar vergüenza. Su estructura era sencilla: diálogo creíble y fácil de decir y aún de aprender, una sola

situación y dos estupendos actores. Adolfo Marsillach era Bruno –el marido de las cien caras– y Amparito Baró hacía de Paula, la sufrida esposa. Cada episodio retrataba un arquetipo de marido y así fueron apareciendo el tímido, el celoso, el enmadrado, el silencioso, el hincha de fútbol, el manazas, el hablador, el roñoso, el mujeriego... Mucho cuidado con la censura... Ojo con el ministro, salvador de almas... Ni una sola broma con el sexo...

¿Y después? Después viene la historia completa, los cincuenta tomos. De 1956 a 2006. De televisión española a la televisión privada. Del motorista del ministro a las audiencias fantasmales. De la censura a la libertad. Incluso de la vida a la muerte.



Serie Las dos caras